

ALBERTO CURIEL

**EL CASO
GALENUS**

algaida



Primera edición: 2014

© Alberto Curiel, 2014
© Algaida Editores, 2014
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9067-120-7
Depósito legal: SE. 1392-2014
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prefacio	11
PRIMERA PARTE	
CAPÍTULO 1. Un reencuentro inesperado	19
CAPÍTULO 2. Callejones	39
CAPÍTULO 3. Barcelona	63
CAPÍTULO 4. Culpables y víctimas	95
CAPÍTULO 5. Portafolios	119
SEGUNDA PARTE	
CAPÍTULO 6. Iluminación	141
CAPÍTULO 7. Mensaje en el cielo	175
CAPÍTULO 8. Pentecostés	221
CAPÍTULO 9. Segundos fuera	269
CAPÍTULO 10. <i>Galenus Project</i>	313
CAPÍTULO 11. La caja de Pandora	359
CAPÍTULO 12. Contrarreloj	413
Conclusión	447
Notas sobre la investigación	451
CAPÍTULO ANEXO. La rebelión de los duendes ..	445
Epílogo	483

*A mis padres Carmen e Isidoro,
y a mis queridas Irene y Carmen*

PREFACIO

ESTE LIBRO RECOGE LA HISTORIA QUE ME RELATÓ EL pasado mes de enero mi antiguo compañero de estudios Fernando Flórez Clavero, a quien todos conocíamos con el sobrenombre de Capitán por su carácter adusto y sus modos involuntariamente castrenses.

La primera vez que vi a Fernando fue en clase. Sería el tercer o cuarto día del primer curso en la Facultad de Farmacia de Salamanca, durante el periodo académico 1992-1993, hace ya casi veinte años. Me despedí de él al terminar ese mismo curso sin saber más acerca de su vida que los rumores que circulaban entre los alumnos. Alguien dijo que sus padres habían sido feriantes ambulantes oriundos de Zamora, y que se había pasado la infancia durmiendo en carromatos o de pensión en pensión con el exiguo cariño que le proporcionaban los libros que habían terminado por convertirlo en un empollón.

La única conversación que pude trabar con él fue precisamente el día en que recogía mis bártulos de vuelta a Ma-

drid con diez suspensos de diez posibles, dispuesto a cambiar de carrera y a olvidarme para siempre de cuanto se relacionara con la farmacología. Como si quisiera animarme ante mi rotundo fracaso, se aproximó en el patio de la residencia universitaria Fray Luis de León donde ambos habíamos residido y entablamos una conversación sobre mi futuro. Yo en aquel momento no estaba seguro de nada, pero ya sabía que quería dedicarme a la investigación y divulgación, y había medio convencido a mis padres para que obviasen la primera mala experiencia y me apoyasen en el intento de matricularme al curso siguiente en la Facultad de Periodismo de Madrid. Así que le revelé que quería ser periodista, o más bien reportero, sin saber del todo qué significaba. Ése fue todo el trato que tuve con el misterioso compañero de clase.

Por eso me sorprendió tanto que contactara conmigo el pasado enero, después de dieciséis años, a través de Facebook, y que insistiese en contarme esta historia que recojo en las páginas siguientes. Me convenció diciendo que era el único periodista *freelance* que conocía, y que estaba seguro de que lo que tenía que contarme conformaría un reportaje muy interesante.

Quedamos varias noches para que yo tomase notas en un café cercano a mi casa. Tenía la piel morena y la cara más afilada de lo que yo recordaba. Sus ojos negros, juntitos, se movían con la perspicacia de un halcón mientras yo garabateaba en un folio. Vestía, al igual que durante la carrera, de forma muy convencional y clásica, con ropa de marca reputada.

Me dijo que al terminar los estudios de Farmacia se había especializado en toxicología en Estados Unidos y que,

en calidad de experto, había sido contactado por el Servicio de Información de la Guardia Civil —el SIGC—, para ayudarlos a modernizar el laboratorio y los procesos del Servicio de Criminalística. Más recientemente sus servicios también habían sido reclamados por la Policía Nacional para montar una nueva sede de la Policía Científica en el distrito de Canillas. A través de sus contactos policiales había tenido acceso a la historia que me estaba contando.

El día en que terminó de hacerlo se despedió deseándome suerte con la venta del reportaje y literalmente se esfumó. Traté de localizarlo en vano varias veces pero había dado de baja su teléfono y su perfil en Facebook. Sólo encontré pistas en Google sobre sus artículos científicos publicados en diversas revistas de toxicología. Nada más.

Yo estaba aterrado por la inquietante trama que me había confiado y eso que aún desconocía la parte final, la que se relata en la última parte de este libro. No podía dejar de pensar en la gravedad de todo lo que ya conocía y en que me estaba dando la oportunidad de convertirme en el periodista con la mayor exclusiva del mundo, pero estaba enfadado por su despedida a la francesa. Fue de manera sorpresiva, el 1 de junio de este año 2009, cuando volví a saber del Capitán. Él quiso que yo completase y diese fin a su historia, y que conociese a Isabel Sáenz de Tejada, lo que a punto estuvo de costarme la vida. Las páginas que siguen fueron escritas después de los acontecimientos que acabo de narrar.

ÁNGEL FUENTES

PRIMERA PARTE

*Serán echados a las tinieblas de afuera:
allí será el llorar y rechinar de dientes.*

MATEO 8:12

Elisabeth Walker no sabía cuánto tiempo llevaba en el infierno. Podían ser dos semanas, tres, o quizás meses. En el infierno no pasan los días, ni tampoco las noches. El tenue sonido del cebador del fluorescente alimentado por unas aparatosas baterías de camión taladraba su consciencia. La sala era un sótano de paredes de ladrillo desnudo. Unas escaleras empinadas frente a su jergón terminaban abruptamente en una trampilla que se había abierto sólo en tres ocasiones desde que estaba allí. Había podido ver a quien ella imaginaba el diablo bajar con comida, agua mezclada con medicinas y artículos de limpieza. Limpiaba la estancia y enjabonaba su cuerpo, retiraba el cubo con sus desperdicios, arrancaba un ruidoso generador que recargaba las pilas y esparcía por el aire polvos desinfectantes. No se había atrevido a mirarlo fijamente.

La última vez había hablado con voz carrasposa mientras la secaba con una pulcra toalla. Le había dicho que estuviera tranquila, que no le iba a suceder nada, pero era mentira porque el diablo nunca dice la verdad...

CAPÍTULO 1

UN REENCUENTRO INESPERADO

La mayoría de los científicos le dirían que no es posible viajar al pasado, pero con matices.

B. GREEN

ISABEL SÁENZ DE TEJADA ESTABA DESHACIENDO LA MALETA. Era el domingo 13 de enero y Madrid, bajo las luces anaranjadas de las calles, se preparaba para helarse de frío. Desde su lujoso ático en la calle Fortuny podía ver los tejados de las casas de enfrente brillantes por la escarcha. Sobre el edredón de la cama se encontraban la maleta abierta de par en par y un montón de ropa arrebujaada. Después de cinco noches fuera de casa tenía mucho equipaje que clasificar, pero sobre todo tenía que ordenar urgentemente, aunque le costase pasar la noche en vela, las experiencias vividas los días anteriores en Marbella. En su cabeza se agolpaban imágenes empujándose las unas a las otras. Habían sido días emocionalmente agotadores.

Se desnudó dejando la ropa tirada alrededor y fue a fumar un cigarrillo al sofá del salón. Desde los ventanales que daban a la terraza podía intuirse el cielo cubierto por una pesada manta de nubes de invierno iluminada por el resplandor de la ciudad. Todo había comenzado a partir de una conversación con Berta, una antigua compañera del colegio con la que seguía viéndose de vez en cuando para tomar un café y contarse las últimas novedades, que a menudo no eran más que variaciones sobre las mismas novedades de siempre. Pero ese día, tras el primer café y algunas preguntas de cortesía, Berta no tardó en comentarle que Elena Paniagua andaba metida en problemas.

—Al parecer, hay algo que la tiene muy asustada. Me dijo que estaba pensando en acabar con todo después de lo que había descubierto, y que su propia vida podría estar en peligro, así que parece grave, pero no quiso darme más detalles. Llevo varios días dándole vueltas en la cabeza, y al final he decidido contártelo porque... bueno, Elena te admiraba, y quizás a ti sí te lo cuente.

—¡Sabes que hace dieciocho años que no hablo con ella! Probablemente ni se acuerde de mí. Aunque la llamase, ¿cómo iba a poder ayudarla? ¿Qué sé yo de su vida? Lo pensaré, pero...

—Te mandaré mañana por correo electrónico sus datos de contacto —se apresuró a decir Berta intentando aprovechar el momento de debilidad.

Ése había sido el comienzo, pero el terremoto en el que ahora estaba inmersa tenía un epicentro más profundo dentro de su corazón atormentado. Dieciocho años sin hablarse eran mucho tiempo, y Berta lo sabía, pero también sabía que la posibilidad de que la vida de Elena estuviera en peligro podía cambiar muchas cosas.

Su cerebro volvía una y otra vez a los últimos cinco días y cuando intentaba quitarse esos recuerdos le asaltaban los de hacía dieciocho años, cuando Elena y ella se vieron por primera vez en el colegio...

EL COLEGIO, CONOCIDO COLOQUIALMENTE POR EL NOMBRE de las Irlandesas, pertenecía al Instituto de la Bienaventurada Virgen María, congregación fundada en 1609, paradójicamente por una católica inglesa —no irlandesa— que sufrió las crueles persecuciones de los protestantes anglicanos de la época. Era septiembre de 1990, uno de los primeros días de clase. Isabel estaba haciendo el curso previo al acceso a la universidad e iba a cumplir veinte años, porque había repetido dos cursos. Elena caminaba por uno de los grandes patios de recreo de la calle Begonia. Al fondo, las monótonas estructuras grisáceas de la escuela contemplaban la escena diaria de la postadolescencia. En cuanto la vio sintió un fogonazo de rubor en la cara y a partir de ese día no pudo dejar de pensar en ella. Era pelirroja, con una cabellera rizada y un bello rostro, de nariz recta, apenas pintada por pecas transparentes, unos ojos de color verde claro y los labios delicadamente carnosos. Sus piernas eran largas y flexibles. Las curvas de la cadera, sus nalgas y el busto exquisitamente dibujado bajo el polo indicaban que era toda una mujer.

A cualquier hora, en cualquier lugar, deseaba tenerla cerca y todo lo que hacía, en el colegio y fuera de él, lo hacía para ella. Si la veía, aunque fuera en el otro extremo del patio, adquiriría una pose estudiada, como si la estuviera mirando. Levantarse por la mañana para ir al colegio era por primera vez una delicia, y esperar la hora del re-

creo un tormento. Poco a poco, ignorando sus remordimientos católicos, conforme el trimestre se iba desgranando, logró atraer su atención y, de frases sueltas, consiguió pasar a alguna conversación con insinuaciones.

Despacio pero sin detenerse, Isabel fue bajando la senda que, tanteando, lleva de la prudencia al atrevimiento. Antes de las vacaciones de Navidad le regaló un casete con una dedicatoria en hoja aparte, en la que le describía los bonitos sentimientos que le inspiraban esas canciones. Se trataba del album *Whenever You Need Somebody* de Rick Astley, con temas melosos como *Never Gonna Give You Up* o *Together Forever*. Elena guardó la dedicatoria junto a sus álbumes de fotos.

A la vuelta de las vacaciones Isabel había producido una nueva tirada epistolar para su amada. Le contaba todos y cada uno de los actos y sentimientos que le habían sucedido en las fiestas. Las cartas estaban plagadas de frases como «me acordé de ti cuando...», «entonces pensé en ti porque...» y de otras muchas referencias al precioso cuerpo de su amiga. La cosa, incluso para una chica bondadosa y algo inocente, estaba clara. Un día helador, a principios de febrero, tras dejar a su amiga Berta Íñiguez en el autocar, Elena se acercó y le dijo:

—Yo te gusto, ¿verdad?

A partir de entonces, las dos muchachas se encontraban a la salida y tomaban el autobús hasta casa de Elena, que no distaba mucho de allí, en El Soto de la Moraleja. Los martes y los miércoles, debido al curso de pintura de su madre, estaban solas hasta las nueve de la noche y las dos amigas se convertían en amantes, retozando en un fre-

nesí que crecía conforme iban explorando sus cuerpos y perdiendo la timidez inicial. Gozaban todas las semanas y cuando no podían quedar, lo añoraban tan profundamente que se pasaban horas colgadas al teléfono.

Un día Elena le propuso entre bromas que grabaran un vídeo en la cama. Isabel se negó al principio, pero pronto comenzaron a fantasear con la grabación, hasta que una tarde Elena se presentó con una Panasonic MS70 recién comprada como regalo de cumpleaños por su padre. De aquella grabación original sólo sacaría una copia que le entregó a Isabel casi en correspondencia por el regalo de la cinta de casete. Sólo dos personas en el mundo conocieron su secreto: Berta Íñiguez, porque la propia Elena se lo confesó, y Alfredito Paniagua, el hermano de Elena, que las descubrió en una ocasión, pero el pobre muchacho padecía una particular forma de autismo, llamada síndrome de Savant, que le impedía expresarse.

Isabel siempre mantuvo oculto al exterior el volcán de sentimientos encontrados que explosionaba en su interior. Había sido la experiencia más gozosa de su vida, pero a la vez, la que mayores remordimientos le había provocado, y no era infrecuente verla por las mañanas, a las ocho y media, antes de empezar el día, pasar furtivamente por la capilla del colegio. Envuelta en la luz mágica del rosetón, tras el altar, se dedicaba a orar a la estatua de Cristo que allí había. Ante sus ojos, la agonía de la figura se asemejaba a la suya.

Al terminal el curso, Elena se matriculó en la Politécnica para estudiar Ingeniería de Telecomunicaciones, una especialidad muy en boga por aquel entonces. Nunca ter-

minaría la carrera, pues a la edad de veintitrés años se casó con Alejandro Molins, catorce años mayor que ella, y tan sólo un año después ya estaba embarazada. Isabel, que había elegido ciencias mixtas en bachillerato, se preinscribió en la Complutense para hacer la carrera de Empresariales y el mero distanciamiento físico enfrió la relación. Además, enseguida cayó enamorada de su primer novio. Puede que a Elena, con sus prematuros matrimonio y maternidad, le sucediese algo parecido. Lo cierto es que paulatinamente dejaron de llamarse y, como sucede cuando un amor suplanta a otro, la tórrida relación que ambas habían mantenido se olvidó, aunque no para siempre, entre los recuerdos un poco absurdos de los primeros años de la juventud.

ERA CASI MEDIANOCHE Y EL DISTRITO DE CHAMBERÍ PARECÍA sumergirse en el sueño de los sepulcros. Apenas llegaba hasta el ático el rumor de algún coche rodando por la calle. Isabel fue caminando a tientas hasta la habitación, apartó de un empujón la maleta a medio deshacer y las ropas sobre el edredón. Tenía que preparar otro equipaje para su viaje a China, así que no merecía la pena esforzarse para volver a empaquetar las cosas en unas pocas horas. Se echó y pensó que dormiría pronto porque le quemaban las pestañas, y probablemente durmiera un rato, pero el sueño parecía haberse esfumado. Casi sin solución de continuidad pasó de revivir su historia con Elena de hacía dieciocho años, en el colegio, a revivir las experiencias con ella de hacía tan sólo unas horas.

No le había costado mucho convencerla. Fue como si la atracción que habían sentido mutuamente en el pasado reverdeciera morbosamente en sus conversaciones: dos *emails* poniéndose al día, un rato de chat en el ordenador y, finalmente, una llamada para concretar el sitio y la fecha. Decidieron que su reencuentro merecía producirse en un lugar muy especial. Se encontraron en el hotel Marriott's Beach Resort, a pie de playa en Marbella, y compartieron su vida desde el martes 8 hasta ese mismo domingo 13 de enero que acababa de terminar.

Isabel llegó antes al hotel. Fueron cinco horas de viaje en coche desde Madrid, conduciendo siempre hacia el sur

hasta Marbella. Se registró, deshizo la maleta y salió a pasear. Anduvo por el final de la playa de Elviria hasta encaramarse lo más alto que pudo sobre un montículo enmarañado de juncos. Frente a ella, refulgente con el sol de la mañana, el mar se extendía hasta el horizonte. Oía a espuma helada. Bajo sus pies, a la izquierda, podía ver el aparcamiento que está al comienzo de una serie de brazos de arena que se pierden en la distancia hacia el este flanqueados por lujosas edificaciones. Al final del todo, a un kilómetro más o menos, tristes en la lejanía difuminada, se adivinan las dunas salvajes de Artola, donde termina Marbella. Desde allí la vio llegar en su coche alquilado. La encontró deliciosa: la melena pelirroja enmarcaba el bello rostro donde se habían acentuado las otrora pecas transparentes y su cuerpo, a pesar de los dos partos, conservaba una esbeltez incitante.

Hablaron de muchas cosas. Rieron recordando las aventuras del colegio y con anécdotas que relataba Elena sobre sus hijos, Dieguito y Lucía. También comentaron con tristeza la complicada situación emocional de su matrimonio. Su esposo Alejandro generaba copiosos ingresos a través de sus negocios, de su cátedra en la Universidad Autónoma de Barcelona, de la consulta privada, y de sus colaboraciones internacionales con la Organización Mundial de la Salud, la OMS, y le había proporcionado toda suerte de comodidades, pero ya no lo amaba. Aprovechando que el tema había salido, Isabel la interrogó al respecto de las preocupaciones que Berta le había manifestado. Elena contestó con evasivas.

—Ya conoces a Berta. Exagera, como siempre. Aún no he puesto la demanda de divorcio, aunque ya me he

informado y a lo mejor la pongo la semana que viene. Sólo quiero quedarme con la custodia de mis hijos. El piso de la calle Balmes también sería bienvenido. Alejandro tiene la casa de la consulta en la calle Felipe II y otras posesiones, que también habrá quizás que repartir. Creo que incluso ha comprado, aunque me dice que la alquila, la cabaña donde vamos a esquiar todos los años, en el Val d'Aran, en Sant Andrèu de Salardú. Del chalé de la playa, el de Llafranc, me olvido. De todas formas llevo años sin ir.

—Ya veo —dijo Isabel fingiendo no prestar demasiada atención—, pero Berta me dijo que estabas muy preocupada por un asunto turbio que habías descubierto, que incluso estabas asustada por tu vida. ¿Es verdad?

Elena cambió de tema al instante, y como no quería estropear el reencuentro, Isabel lo dejó estar hasta el último día. El domingo por la mañana —ese mismo domingo en que no podía dormir recordándolo todo—, retomó el asunto. Después de desayunar en la terraza de la playa y de bajar las maletas al *lobby*, salieron a dar un paseo por la playa de Elviria, frente a un Mediterráneo invernal y hermoso que se extendía a su izquierda. El cielo era azul brillante. Casonas, algunas con minaretes, porticadas y con solera, otras más modernas, vestigios de una decaída *jet set* marbellí, se alineaban a la derecha.

—¿Qué es lo que temes?

—Querida, hay cosas que no puedo contarte. Es un tema demasiado complejo y peligroso.

Elena pareció dudar y su mirada se perdió en la lejanía, en los brumosos contornos de la costa.

—Se trata de un descubrimiento como pocos en la historia, pero que por una serie de motivos aún no se ha contado. Yo estoy enterada del asunto y por eso mi vida pende de un hilo.

—¿Por qué no vas a la policía entonces? Si te sientes amenazada es lo que deberías hacer.

—Es difícil que los *mossos d'esquadra* me creyeran o pudieran hacer algo.

Su mirada volvió a las hermosas villas, rodeadas de jardines con palmeras y matas de buganvillas sin flores.

—No puedo darte los detalles, sólo que conozco algo: una patente que valdría miles de millones, al menos si estuviera completa. Esa, digamos, *patente* le ha costado la vida a varias personas aunque, paradójicamente, salvó hace tiempo la mía. Y ahora —concluyó tomando la mano de Isabel— dejemos de hablar de eso. ¡Vamos a caminar por la playa!

Elena se descalzó y, saltando el pretil de separación con el paseo, corrió hacia la orilla. Isabel la siguió. La arena estaba fría como el beso de un muerto y el agua aún más. Mil alfileres se clavaban en los pies cada vez que una tenue ola los alcanzaba. Las dos mujeres gritaban y reían corriendo y saltando las diminutas crestas para evitar sus pinchazos.

No encontró forma de sacarle más información. La curiosidad por conocer el secreto se diluyó ante el deseo de que los últimos momentos juntas fuesen inolvidablemente felices. Anduvieron durante más de una hora en la que bordearon *resorts* y modernos clubes de playa. Estaban agotadas cuando, deshaciendo el camino, regresaron

al hotel Marriott, incrustado dentro de la misma arena, con sus paredes crema y sus bonitos tejadillos de color ocre. Elena insistió en pagar la cuenta y el conserje pasó su tarjeta de crédito por el datáfono. Recogieron las maletas en consigna y en la puerta se abrazaron en silencio. Isabel estaba confusa. Su mente dibujaba ideas terribles que se entremezclaban con la esperanza que al tiempo le producían y con el cariño que sentía por la mujer que tenía entre los brazos. Luego, cada una partió en su coche. Ambas pensaban que no sería la última vez que se verían.

ISABEL OYÓ LOS PRIMEROS CAMIONES Y FURGONETAS DE reparto rasgando la noche. Serían ya las seis. Se levantó, fue al salón y encendió el portátil. La estancia brilló con el resplandor mágico de la pantalla. Tenía cuarenta y nueve correos sin leer, pero algo más importante reclamó su atención. Junto a la foto de una pelirroja sonriente, asociada al *nickname* de Helenguay, se mostraba un punto verde que indicaba que Elena Paniagua estaba conectada. ¿Era posible que estuviera tan insomne como ella?

ISALVAJE *Qué haces conectada a estas horas?*

HELENGUAY *Y tú??????*

ISALVAJE *No podía dormir, pero ya me estoy cayendo de sueño. Han sido preciosos estos días.*

HELENGUAY *Sí.*

Ante una respuesta tan escueta, Isabel se quedó esperando. Pero Elena no añadió nada más.

ISALVAJE *Ha sido un regalo precioso que habremos de repetir. Bueno, me voy a dormir... Creo que ahora sí voy a caer. Felices sueños. Zzzzz!!*

HELENGUAY *Adiós.*

De pronto, presa de una repentina clarividencia, se atrevió a preguntar:

ISALVAJE Elena, lo que te preocupa... No crees que con mi ayuda, entre las dos, podríamos sacar provecho de lo que vale?? ;-))

ISALVAJE Y por cierto: Tiene el tema que ver algo con Alejandro???

No hubo contestación durante un rato al otro lado de la línea. Finalmente llegó una respuesta tajante:

HELENGUAY No sabes lo que dices. Deja a mi marido en paz!!!! No sólo él puede tener que ver.

Sin despedirse con un adiós, Isalvaje comprobó que Helenguay la echaba del chat y un momento después se desconectaba. La dejaba así, con la palabra en la boca y un icono rojo en la pantalla.

Se estrujó los ojos. ¿Por qué se habría irritado tanto su amiga? ¿Qué significaba esa matización tan extraña? Por otro lado, ¿no decía implícitamente la última frase de Helenguay que realmente su marido sí podía tener algo que ver con todo aquello, tal y como ella había deseado? Ese pensamiento azuzó los monstruos y las esperanzas que llevaban días pululando por su cabeza. Copió y guardó el historial de la conversación, y después estuvo navegando por Internet un rato más, tecleando mecánicamente

te en Google y visitando algunas páginas. Luego entró en su perfil de Facebook y aceptó la solicitud de amistad que Elena le había enviado hacía unas horas. Finalmente borró del disco duro todo el historial de navegación, apagó el ordenador y fue a la habitación confiando en que esta vez sí lograría conciliar el sueño. Antes de echarse recordó como un fogonazo que al día siguiente podía levantarse tarde, aunque debía reservar tiempo suficiente para repasar los documentos y el programa de viaje a China. Después de su encuentro con Elena, aquel inesperado viaje podía servirle para sus recién concebidos planes.

Ahora que era directora de proyectos transversales en la multinacional Telefónica-MoviStar, aunque sólo para Latinoamérica, por la confianza que tenían en ella, le habían asignado una importante misión en el país asiático. Unos días antes se había anunciado una extensión de la participación de Telefónica en el capital de China Netcom, la operadora asiática de comunicaciones fijas. Con la idea de ir explorando la posibilidad de extender en un futuro próximo el acuerdo entre las dos compañías al negocio móvil, se había arrancado desde la dirección *staff* de Desarrollo de Negocio y Sinergias, departamento del que dependían funcionalmente los coordinadores o directores de proyectos transversales, un proyecto de análisis. Quería elaborarse un informe sobre los hábitos de consumo y los productos de telefonía móvil de voz y de datos vendidos en las distintas regiones de China. Para eso las secretarías del CEO de Latam, Juan Jesús Cajete, a quien ella reportaba directamente, le habían preparado a Isabel varias entrevistas con diferentes responsables de *marketing*

de China Netcom. El plan era recolectar información desde el martes día 15 al viernes 25 de enero en Pekín. Iban a ser días muy intensos, aunque confiaba en tener tiempo en la enorme ciudad para hacer lo que acababa de idear.

Cayó al fin rendida en la cama. Al principio fue consciente de cómo soñaba. Su amor de la adolescencia estaba en peligro por un secreto que conocía. Elena le gritaba que la ayudase, pero ella no quería hacer nada. Había también en la pesadilla un hombre oscuro, aunque no estaba completamente segura de quién era. Luego, poco a poco, como la arena de la playa por la mañana en Marbella, el beso frío de un muerto la sumió en la inconsciencia.

Unos pocos días después de su regreso de China, iba a comprender parte de lo que aquel extraño sueño significaba. La muerte se interpondría entre las dos mujeres.